

**"Las oficinas del CERN": lectura para la era de las redes del cuento  
"Las caras de la medalla", de Julio Cortázar**

Christopher Rollason, Ph.D, Metz, Francia - [rollason@9online.fr](mailto:rollason@9online.fr), agosto de 2007

***Este texto es una aportación al diálogo sobre narrativa y ciberespacio abierto en la bitácora (o metabitácora) argentina, [revistacoartadas](http://revistacoartadas.blogspot.com/) - http://revistacoartadas.blogspot.com/***

Nos enseñó Borges que cada escritor crea sus precursores, y se puede añadir que cada creación humana los crea también, y máxime una creación tan proteica y multiforme como la que llamamos la Red, o Internet. Se sabe que otro creador argentino, Julio Cortázar, al igual que Borges, es muy a menudo considerado como uno de los escritores cuyas obras prefiguran, anticipándola por unas décadas, la realidad actual del ciberespacio. En esta óptica, puede parecerle excepcional al lector de hoy el que exista un relato del autor argentino cuya intriga comienza en un lugar tan privilegiado para la historia cibernética como los laboratorios del CERN, el muy famoso Consejo Europeo para la Investigación Nuclear (*Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire*) en Ginebra donde, más tarde y en el mundo real, Tim Berners-Lee había de desarrollar la World Wide Web, la *Telaraña Mundial*. El cuento, publicado por primera vez en 1977, se intitula "Las caras de la medalla", y se encuentra en el volumen 3 de los *Relatos* del autor (Madrid: Alianza, 1985, pp. 168-181). Hoy por hoy, esta ubicación en el CERN salta de las páginas para asustar la mirada del lector de la generación de las redes. Si aceptamos la elección borgeana de la lectura retroactiva que transfigura la obra, nos resultará casi obligatorio releer este relato, ya no según los parámetros del momento en que se ideó, ya no encarando el CERN como instituto de física particular e investigaciones nucleares, sino como la cuna de la *Telaraña* y, por ende, un espacio preeminente de transformación planetaria y relacional. Incluso la palabra "telaraña" ocurre en el cuento de Cortázar ("la obligación de coexistir tantas horas por semana fabrica telarañas de amistad" p. 169).

El relato "*Las caras de la medalla*" narra una historia de amor y desamor entre Javier y Mireille, dos investigadores que se conocen en el CERN. La narrativa oscila, siguiendo una estrategia más bien desconcertante, entre la tercera persona y el plural de primera persona. A través del entramado, se plantean temas como las relaciones humanas, la cultura ("alta" pero también "baja"), el trabajo y el cosmopolitismo una gama de asuntos dentro de la cual cada inquietud se relaciona, de una u otra manera, con la entonces futura realidad de Internet. Nosotros, lectores del siglo XXI, ya sabemos que la invención de Berners-Lee ha transformado, precisamente, las relaciones interpersonales, las prácticas culturales, las formas de trabajar y la comunicación internacional. Queda por saber si en esta narrativa de Cortázar la premonición es más bien alentadora o amenazadora, si el nuevo universo relacional que esboza se parece al nuestro y, si hay parentesco, qué podemos aprender para nuestro mundo de hoy a partir de la relectura de un artefacto del pasado reciente que, efectivamente, nos imponen esas siglas fatídicas, CERN.

Comencemos por el hecho cosmopolita, en cuanto condiciona a los personajes del relato. Javier y Mireille son, lógicamente, dos sujetos de nacionalidades y proveniencias distintas, pues el CERN real ha sido desde su fundación un instituto internacional. Mireille es, que sepamos, suiza francófona, soltera (y casi solterona): empleada fija de los laboratorios, vive en lo que le complace llamar su *cabaña* en las afueras de Ginebra. Javier, según su nombre hispanoamericano o español (no habla de sus orígenes), es un contratado temporal, cuyo lugar habitual de residencia es Londres, donde vive con su mujer, Eileen (sin duda irlandesa o británica). La historia comienza con el paulatino acercamiento de Javier y Mireille, compañeros de trabajo en el marco de un proyecto cuya naturaleza no se trae a colación. Tanto el entorno de trabajo como el ambiente cultural que rodea a ambos son de carácter resolutamente internacional, teñido de un cosmopolitismo que es muy recurrente en los cuentos de Cortázar y también nos podría recordar a los protagonistas de *Los pasos perdidos* de otro latinoamericano, Alejo Carpentier. Curiosamente, algunas de las referencias

internacionales son a dos países de aquel Este europeo que en aquel entonces estaba casi fuera del mapa de los intercambios —concretamente, a Rumanía y a la hoy inexistente Yugoslavia, más accesible en esa época que Rumanía pero aún así vista como *comunista* y, por ello, *ajena*. Uno de los colegas del CERN es un "mecanógrafo poeta y yugoslavo" (168), y más tarde Javier le propone a Mireille (en balde) unas vacaciones en "la costa dalmata" (hoy croata) (180); por otro lado, Javier y Eileen han vivido aventuras en Rumanía (169), y en Ginebra él y Mireille cenan juntos en un "restaurante rumano" (178). Tenemos, pues, una extraña premonición de un acercamiento entre los entonces divididos Oeste y Este que sólo vería la luz en la realidad en la época de Internet.

La cultura, dimensión muy importante sobre todo para Mireille, une a los protagonistas a la vez que también los separa. En este relato como en otros de Cortázar (pensemos en "Las ménades"), lo cultural gira alrededor de la música, no sin tensiones pues se oponen tanto música culta y popular como música considerada, respectivamente, difícil o accesible. En el comienzo, aprendemos que a Mireille le desagrada "la leve música del transistor japonés" que Javier escucha mientras trabaja (168); en un almuerzo en casa de ella, otro colega trae "un disco de los Beatles" (171), que tampoco resulta de su agrado; si Javier aprecia el jazz, ella no (172); más tarde en Londres, Javier intenta distraerse de Mireille con una cierta Maria Elena, aficionada de los Rolling Stones (177). Oponiéndose a lo que para ella sería liviandad, tenemos "la severa discoteca de Mireille" (171). Ella no obstante logra convencer a Javier a aceptar y compartir su afición por la música clásica, y así el texto se abarrotará de referencias a compositores e intérpretes de dicho género: Mireille es gran admiradora de Brahms (170); ella y Javier coinciden "en Schubert pero no en Bartok" (172); aprecian los dos "el violoncelo de Rostropovich" (173) y acuden a un concierto del violinista Isaac Stern (177). No obstante, cierta música de vanguardia entra más bien como un elemento perturbador: "Del resto no hablamos, quedaban por explorar... Pierre Boulez, John Cage (pero Mireille no Cage, eso era seguro aunque no hubieran hablado de él, y probablemente Boulez no, aunque director sí, esos matices importantes" (172). Queda patente que la cultura y el arte, en vez de inducir a la armonía, pueden confundir y desorientar a sus consumidores.

Otro factor que en teoría debería acercar a los dos infortunados amantes es el trabajo, pues, como reza la primera oración del relato, es "en las oficinas del CERN" donde se conocen, y es por lo laboral que Javier se encuentra en la ciudad suiza, ya que "era la cuarta vez en tres años que iba a trabajar como temporero a Ginebra" (168), al ser, sin duda, destacado por su (no especificado) patrón de Londres. Sin embargo, la dedicación profesional de Javier resulta ser algo floja: no sabemos exactamente qué investiga, y aprendemos que cuando "el CERN" tuvo una conferencia de alto nivel, Javier tuvo que trabajar de veras y Mireille pareció tenerle lástima cuando él se lo dijo lúgubramente" (172). Más tarde y a pesar de sus ganas de estar con Mireille, lo hallamos "rechazando los contratos que le proponían en Ginebra" (177). De Mireille tampoco sabemos las responsabilidades laborales exactas, si bien parece ser más seria y tener allí un trabajo fijo. Lo extraño es que todo ha empezado en un ambiente de trabajo que se conoce por su intensidad y su dedicación a la ciencia, eso incluso antes de la época de Berners-Lee.

Total, que nuestros dos seres Javier y Mireille parecen estar más listos para la separación y la infructuosidad que para una unión feliz y creadora. De ahí el título del relato: los amantes son las *dos caras de la medalla*, hallándose condenados a vivir eternamente separados por mucho que quieran acercarse. Es recurrente la metáfora: "como una medalla es al mismo tiempo su anverso y su reverso que no se encontrarán jamás" (170); "Mireille de su lado de la medalla ya no esperaría nada" (180); "la medalla está ahí entre nosotros, vivimos distantes" (181). La imbricación internacional, los tentáculos de la cultura, los enlaces del trabajo en equipo e interdisciplinario: todo quedará en vano.

Y no obstante, el gran afán de estos dos malhadados individuos, a través del relato, es precisamente lo contrario: unirse en el amor, conseguir que la medalla tenga sólo una cara. Convencidos de amarse, intentan varias veces un acercamiento físico que los elude y cuyo fracaso se predice ya, en un *fast-forward flash* a pocas páginas del inicio: "Mireille llora a veces mientras escucha un determinado quinteto de Brahms, sola al atardecer en su salón de vigas oscuras y muebles rústicos. Javier no sabe llorar, sus lágrimas eligen condensarse en pesadillas... de las que se despoja bebiendo coñac y escribiendo textos" (170). Los protagonistas buscan la unión física en dos ocasiones, la primera en casa de Mireille, la segunda en el hotel de Javier, pero el desenlace tradicional de las felices historias de príncipe y princesa no se llega a producir. Por muy íntimo que sea su lazo en el plano relacional, en el meramente físico les resulta imposible la consumación. Finalmente, hay la sin duda inevitable decisión de no verse más, y el texto concluye irónicamente con la repetición, casi palabra por palabra, de la vivencia de no plenitud que ya predijera para ambos: "En algún atardecer Mireille habrá llorado mientras escuchaba un determinado quinteto de Brahms, pero Javier no sabe llorar..." (181).

Al terminar el relato, el lector de hoy podría sentirse tentado a interpretar como siendo totalmente negativo el enlace, anacrónico pero inevitable, que este texto de Cortázar establece entre el trabajo del CERN y las relaciones interpersonales — entre la profunda investigación científica y la incomunicación humana que parece acompañarla. Extrapolándose la historia de Javier y Mireille a la realidad *estructurada en redes (networked)* de quien hoy por hoy compulsa estas páginas, se podría concluir que ni el conocimiento, ni el arte, ni el mestizaje cultural — todos fenómenos que están siendo alimentados por Internet — son capaces de prevalecer contra la insoslayable y fundamental soledad del ser humano. Incluso se podría evocar otro cuento de Cortázar, seguramente más oscuro y amenazador, que anticipa el universo de las redes, en concreto los foros de discusión, pero con un desenlace terrorífico (me refiero a su espeluznante "*Queremos tanto a Glenda*").

Y, no obstante, el texto de "*Las caras de la medalla*" permite, en su conclusión, otra lectura menos drástica, más esperanzadora. Como el lector ya sabía de antemano, no ha habido consumación física, y Javier se encuentra obligado a superar el trauma por otros medios: "sólo tiene pesadillas de las que se despoja escribiendo textos que tratan de ser como las pesadillas, allí donde nadie tiene su verdadero nombre pero acaso su verdad, allí donde no hay medallas de canto con anverso y reverso ni peldaños consagrados que hay que subir, pero, claro, son solamente textos" (181). Así, el *texto* de Cortázar termina, en un gesto autoreferencial si no metatextual, con ese mismo vocablo, "*texto*". Hay a la vez una dimensión terapéutica en el acto de escribir al que se entrega Javier: los textos son *como* pesadillas, pero no *son* pesadillas, pues poseen un elemento catártico que acaba por distarlos de las mismas pesadillas que imitan. Pudiera, eventualmente, haber sido más útil y fecundo para Javier y Mireille si hubiesen intentado, desde el inicio, estructurar su relación no en términos de la tradicional consumación física, sino en una base menos groseramente material y, efectivamente, más *textual*. Es precisamente así que se caracteriza el universo de las redes, del cual el lector de 2007 emerge para leer este cuento de hace treinta años, y al cual luego regresará. Las relaciones humanas que se tejen a través de los foros de discusión, las listas de distribución, los sitios consagrados al contacto profesional, o las nuevas manifestaciones de *Internet 2.0* como *Second Life*, ya no necesitan el contacto físico. Quienes se conocen a través de las redes, independientemente de factores como su edad, nacionalidad o género, bien podrán nunca llegar a verse las caras en lo que convencionalmente se llama el mundo material. Alguien residente en Lima puede perfectamente fraguar una muy fructífera relación amistosa y profesional con otra persona en Delhi, sin sentir cualquier necesidad de coger vuelo para la India. La no gratificación física bajo cuyo signo evoluciona esta narrativa de Cortázar traza, paradójicamente, una pista para otras formas de gratificación, de índole menos física pero a fin de cuentas más duraderas y satisfactorias. El romance que el sabio argentino ubicó en el CERN de 1977 se puede leer ahora como prefiguración de esas *otras* historias que emanan y emanarán, en el siglo XXI, del nuevo mundo ideado en ese

otro CERN, ya no de Julio Cortázar sino de Tim Berners-Lee y de sus hijos e hijas espirituales — quienes somos nosotros, yo el autor de estas páginas que se divulgan por el ciberespacio, y tú, la persona que leerá estas palabras y semejantes escritos, estos "textos que..., claro, son solamente textos".